

CAPÍTULO V

RECONCILIACIÓN

27. Así, pues, todas las formas de argumentos nos conducen á la misma conclusión. La consecuencia deducida *à priori* en el último capítulo, confirma las deducidas *à posteriori* en los dos capítulos precedentes á ése. Cuando intentamos responder á las más elevadas cuestiones de la ciencia objetiva, el entendimiento nos revela su propia impotencia, y la ciencia subjetiva nos hace ver que esa impotencia es resultado necesario de las leyes del entendimiento. No solamente aprendemos, por la ineficacia de nuestros esfuerzos, que la realidad oculta tras de los fenómenos es y será siempre inconcebible para nosotros, si que también aprendemos por qué eso es consecuencia forzosa de la naturaleza de nuestra inteligencia. Descubrimos, por último, que esa conclusión, que en su forma absoluta parece contraria á las convicciones instintivas de la humanidad, se armoniza con ellas cuando se hacen las restricciones necesarias. Aunque no podamos conocer lo absoluto, de ningún modo y en ningún grado, si se toma la palabra conocer en su sentido estricto, vemos, sin embargo, que la existencia positiva de lo absoluto es un dato necesario de la conciencia, indeleble además, mientras ésta dura; y que, por tanto, la creencia que tiene su fundamento en ese dato nos debe ser más evidente que todas las demás.

Ese dato será, pues, la base de la concordia que queríamos hallar. Esa conclusión que la ciencia objetiva demuestra y cuya necesidad prueba á la vez la ciencia subjetiva; esa conclusión, que por una parte expresa la doctrina de la escuela inglesa, y por otra reconoce un fondo de verdad en la doctrina de sus adversarios los

filósofos alemanes; esa conclusión, que pone los resultados de la más elevada especulación en armonía con los del sentido común, es también la que reconcilia á la Religión y la Ciencia. El sentido común afirma la existencia de una realidad; la ciencia objetiva prueba que esa realidad no puede ser lo que pensamos que es; la ciencia subjetiva prueba por qué no podemos pensarla como es: y en esa afirmación de una realidad cuya naturaleza ó esencia íntima nos es absolutamente insondable, la Religión reconoce un principio esencialmente idéntico con el suyo. Queramos ó no, vémonos obligados á mirar todos los fenómenos como manifestaciones de un poder que actúa sobre nosotros; aunque la omnipotencia sea ininteligible, como la experiencia no descubre límites á la difusión de los fenómenos, tampoco podemos concebirlo á la presencia de ese poder, y por otra parte, la crítica científica nos enseña que ese poder es incomprensible. Pues bien, esa idea de un poder incomprensible, que llamamos omnipotente porque somos incapaces de fijar sus límites, es precisamente lo que sirve de base á toda Religión.

Para comprender plenamente hasta qué punto es real la reconciliación fundada en ese principio, es preciso examinar la actitud que la Religión y la Ciencia han guardado, cada una constantemente, respecto á esa conclusión. Bueno será notar que en todos tiempos las imperfecciones de la una han debido sufrir los correctivos de la otra, y que el objeto final de su mutua crítica no puede ser más que un acuerdo perfecto en ese principio, el más amplio y el más profundo de todos.

28. Reconozcamos á la Religión el gran mérito de haber vislumbrado siempre el último principio, y no haber cesado jamás de proclamarle. En sus primitivas formas ya manifestaba vagamente una intención, que forma el gérmen de la creencia suprema en la cual todas las filosofías se unen finalmente. En el más grosero fetichismo se puede ya reconocer la conciencia de un misterio. Cada una de las creencias sucesivas, al desechar las sencillas y precisas interpretaciones, que se daban antes de ella, de la naturaleza, se ha hecho, *ipso facto*, más religiosa que las anteriores. A medida que las potencias concretas y concebibles, que se suponía eran las causas de las cosas, han sido sustituidas por potencias menos concretas y concebibles, el elemento misterioso ha ido haciéndose necesariamente preponderante. La historia religiosa no es, en el fondo, más que la serie de fases de la desaparición de los dogmas

positivos que quitaban el misterio del misterio. Así, la Religión se ha acercado cada vez más al reconocimiento completo de la existencia del misterio, su objeto final ó definitivo.

Por esa creencia, esencialmente cierta, es por la que la Religión ha combatido siempre; se unió á ella cuando la cubrían burdas vestiduras; sigue unida á pesar de los disfraces que aun la desfigurán, y no cesa de defenderla. Ha proclamado y propagado por doquier, bajo diversas formas, la doctrina de que todas las cosas son manifestaciones de un poder que supera á nuestro conocimiento. Siglo tras siglo, la Ciencia ha vencido á la Religión en cuanto ésta ha pretendido sostener contra aquélla y la ha forzado á dejar algunas de sus posiciones; mas á pesar de esos reveses, la Religión defiende las posiciones que aun la quedan, con una obstinación inquebrantable. Se puede mostrar la inconsecuencia lógica de sus conclusiones, se puede probar el absurdo de cada uno de sus dogmas particulares; mas no se puede quebrantar su fidelidad á la verdad última que proclama. La crítica ha pulverizado todos sus argumentos y la ha reducido al silencio; pero la Religión guarda siempre el sentimiento indestructible de una verdad que, á pesar de los vicios de los dogmas que la expresan, no por eso está menos fuera de toda discusión. Su adhesión á esa creencia ha sido esencialmente sincera, y la humanidad la debe y la ha debido siempre reconocimiento por haberla conservado y propagado.

Pero si la Religión ha tenido desde el principio la misión de impedir á los hombres absorberse completamente en lo relativo y en lo inmediato, y de revelarles la existencia de *algo superior*, no la ha cumplido casi siempre sino muy imperfectamente. La Religión ha sido siempre más ó menos irreligiosa, lo es aún hoy. En primer lugar, ha pretendido poseer algún conocimiento de lo superior á todo conocimiento, contradiciendo así sus propias doctrinas. Tan pronto afirma que la causa de todo es incomprensible, tan pronto que posee tales ó cuales atributos, y que es comprensible. En segundo lugar, si por una parte ha sido sincera en su fidelidad á la gran verdad que tenía la misión de defender, no lo ha sido á veces, y por tanto ha sido irreligiosa, afirmando doctrinas que ofuscaban y comprometían esa verdad. Discutiendo cada una de las afirmaciones de la Religión, sobre la esencia, los actos y los motivos de ese poder que el Universo nos revela, se ha visto que están en contradicción unas con otras, ó consigo mismas. Con to-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960 1625 MONTEREZ, MEX.

do, siglo tras siglo, se ha servido de esas afirmaciones, aunque debía saber que no podían soportar una severa crítica. Pareciendo ignorar que su posición central es inexpugnable, la Religión ha defendido con obstinación todas las obras exteriores, mucho tiempo después que eran evidentemente insostenibles. Esto nos lleva naturalmente á la tercera y más grave forma de irreligión que la Religión ha tenido, á saber: una creencia imperfecta en el objeto que ha hecho particularmente profesión de creer. La Religión no ha comprendido nunca bien que su posición central es inexpugnable. Todos los días lo estamos viendo: en la más fervorosa fe hay un núcleo de escepticismo, y ese núcleo es la causa del miedo que tiene á la Ciencia la Religión. Obligada ésta por aquélla á ir abandonando una á una las supersticiones que defendía antes valientemente, y viendo cada día sus más caras creencias más y más quebrantadas, la Religión tiene miedo de que llegue un día en que todo se explique, y de ese modo demuestra que, en el fondo, duda de la incomprendibilidad de lo que proclama incomprendible.

No olvidemos nunca que la Religión, á pesar de sus numerosos errores y corrupciones, ha proclamado y propagado constantemente una verdad suprema. Desde el principio, el reconocimiento de esa verdad suprema, aunque imperfectamente concebida, ha sido su elemento vital; y sus vicios, primero excesivos y luego menores, han provenido de que no reconocía plenamente lo que reconocía en parte. El elemento verdaderamente religioso de la Religión ha sido siempre bueno; sus elementos irreligiosos son los únicos reconocidos insostenibles en teoría y malos en la práctica, pero se ha ido purificando de ellos cada vez más.

29. Notemos ahora que el agente de esa purificación ha sido siempre la Ciencia. Generalmente se tiene poco en cuenta ese aspecto de las funciones científicas. La Religión ignora ó desprecia la deuda inmensa que ha contraído con la Ciencia, y ésta sabe apenas lo que la Religión la debe. Y sin embargo, sería fácil probar: que todos los grados de desarrollo recorridos por la Religión, desde sus primitivas creencias hasta las ideas, relativamente elevadas, que hoy profesa, los ha recorrido, gracias á la Ciencia ú obligada por la Ciencia. En nuestros tiempos mismos, ¿no la impulsa la Ciencia á que avance en el mismo sentido? Si damos á la palabra Ciencia su verdadero sentido, es decir, si representa la suma de conocimientos positivos y definidos acerca del orden que reina entre los fenómenos que nos rodean, vemos manifiestamen-

te que, desde el principio, el descubrimiento de un orden establecido ha modificado la idea del desorden ó del orden indeterminado que hay en el fondo de toda superstición. Cuando la experiencia enseñó que ciertos cambios—los más familiares—suceden siempre en el mismo orden, el concepto de una personalidad especial, cuya voluntad regía esos cambios, tendió á borrarse del espíritu humano. Y cuando, sucesivamente, la acumulación de hechos hizo sufrir la misma suerte á los cambios menos familiares, las creencias correspondientes sufrieron también análoga modificación.

Tal presión de la Ciencia sobre la Religión parece antireligiosa á quien la ejerce y á quien la sufre, y, sin embargo, es todo lo contrario. A la potencia específica inteligible, que se suponía en primer lugar, le sustituye una potencia menos específica y menos comprensible; en el primer momento, la última, en virtud de su oposición con la primera, no puede quizá despertar el mismo sentimiento; pero á poco, por lo mismo que es menos comprensible, debe producirle más perfecto. Tomemos un ejemplo. En otro tiempo se miraba el Sol como el carro de un dios, arrastrado por caballos. No tenemos para qué examinar hasta qué punto se idealizaba la idea que tan groseramente se expresaba. Basta observar que explicando así el movimiento aparente del Sol, por una potencia semejante á las fuerzas terrestres y visibles, se rebaja una maravilla de todos los días al nivel de las más pobres inteligencias. Cuando, muchos siglos después, Kepler descubrió que los planetas giran alrededor del Sol en trayectorias elípticas, y que los radios vectores describen áreas proporcionales á los tiempos, dedujo que en cada planeta debía haber un espíritu para dirigir su movimiento. Vemos, por este ejemplo, cómo los progresos de la Ciencia hicieron desaparecer la idea de una tracción material, como la que se suponía primero daba movimiento al Sol; vemos también que cuando á esa mezquina idea se substituyó la de una fuerza indefinida y menos fácil de concebir, se creyó aún necesario suponer que un agente personal era la causa de la irregularidad regular del movimiento. Cuando, por último, probó Newton que las revoluciones planetarias, con sus variaciones y perturbaciones, obedecen á una ley universal; cuando los espíritus directores, concebidos por Kepler, fueron desechados, y en su lugar se puso la fuerza de la gravitación, el cambio fué, realmente, la abolición de una potencia que se podía imaginar y la introducción de otra imaginable. Porque, si la ley de la gravitación cae bajo el dominio de nuestro entendimiento,

es imposible formarse una idea de la fuerza de la gravitación. Newton mismo confesaba que esa fuerza es incomprensible sin el intermedio de un éter; mas ya hemos visto que la hipótesis del éter (18) no nos hace avanzar un paso. Lo mismo sucede en general; la Ciencia progresa agrupando relaciones particulares de fenómenos bajo ciertas leyes; después, agrupando esas leyes especiales bajo otras cada vez más generales, y descubriendo causas cada vez más abstractas. Pero causas más abstractas son causas menos concebibles, puesto que la formación de un concepto abstracto supone la supresión de ciertos elementos concretos del pensamiento. Resulta de ahí, que el concepto más abstracto, hacia el que la Ciencia avanza gradualmente, es el que se confunde con lo inconcebible y lo inteligible, á consecuencia de la supresión de todos los elementos concretos del pensamiento. Eso es lo que nos da derecho para afirmar que las creencias impuestas por la Ciencia á la Religión, son en el fondo más religiosas que las sustituidas.

Muchas veces, la Ciencia, como la Religión, no ha cumplido su misión sino muy imperfectamente. Del mismo modo que la Religión ha estado inferior á sus funciones, porque ha sido irreligiosa, la Ciencia ha estado inferior á las suyas, porque ha sido anticientífica. Notemos los puntos de semejanza. Cuando la Ciencia comenzó, en su origen, á enseñar las relaciones constantes de los fenómenos, y en consecuencia desacreditó la creencia en las personalidades distintas que se miraban como sus causas, les sustituyó la creencia en potencias causales, que si no eran personales, eran á lo menos concretas. Cuando se hablaba del *horror de la naturaleza al vacío*, de la *aureidad*, del *principio vital*, se establecía un modo de interpretar los hechos, que si era antireligioso, porque atribuía esos hechos á potencias no divinas, era también anticientífico, porque suponía conocer lo que no conocía en lo más mínimo. Por fin, la Ciencia ha abandonado esas potencias metafísicas, ha reconocido que no tenían existencia independiente, que no eran sino combinaciones particulares de causas generales; en consecuencia, ha atribuído después grandes grupos de fenómenos, á la electricidad, á la afinidad química y á otras fuerzas generales análogas. Mas, haciendo de esas fuerzas entidades independientes y últimas, la Ciencia ha guardado, en suma, la misma actitud que antes. Explicando así todos los fenómenos, incluso los de la vida y el pensamiento, no sólo ha perseverado en su antagonismo aparente con la Religión, porque ha recurrido á potencias radical-

mente distintas de las de aquélla, sino que también ha seguido siendo anticientífica, porque ha supuesto saber algo de la naturaleza de esas potencias. Verdad es que actualmente los sabios más ilustrados abandonan esas últimas supuestas entidades, como sus predecesores abandonaron las primitivas. El magnetismo, el calor, la luz, que eran mirados, no hace mucho, como otros tantos flúidos imponderables, no son ya, para los físicos, más que modos diversos de manifestación de la fuerza universal, la cual, al mismo tiempo, cesa de ser mirada como comprensible. En cada fase de su progreso, la Ciencia ha dado muchas veces á cuestiones profundas, soluciones superficiales. Infiel á su método, ha descuidado inquirir la naturaleza de los agentes que invocaba con tanta facilidad. Sin duda, en cada una de las fases, que ha recorrido sucesivamente, y al avanzar cada vez más, ha absorbido las pretendidas potencias que había invocado, en otras más generales y más abstractas, pero ha cometido la falta de contentarse con estas últimas, como se contentaba antes con las primeras, y darlas por realidades confirmadas. He ahí lo que ha formado siempre el carácter anticientífico de la Ciencia, y ha sido siempre, en parte, la causa de su lucha constante con la Religión.

30. Vemos, pues, que desde su origen, tanto las faltas de la Religión como las de la Ciencia, han sido hijas de un desarrollo incompleto. Simples bocetos en un principio, cada una de las dos ha crecido y ha ido tomando formas más perfectas; pero siempre les ha faltado algo para la perfección, y consecuencias, no más, de esa imperfección, han sido todos sus desacuerdos; así se va estableciendo ya más armonía, á medida que ambas se aproximan á su estado definitivo.

El progreso de la inteligencia ha sido siempre doble. Cada paso de avance ha aproximado, á la vez, lo natural y lo sobrenatural, aun cuando los que han dado ese paso no lo hayan creído así. La explicación de un fenómeno se ha hecho mejor cuando, por una parte, se ha desechado una causa relativamente concebible en su naturaleza, pero desconocida en cuanto al orden ó á la ley de sus acciones, y por otra se ha admitido una conocida, en cuanto al orden de sus acciones, pero relativamente inconcebible en su naturaleza. El primer paso que ha hecho salir á los hombres del fetichismo universal, implicaba evidentemente el concepto de agentes menos asemejables á los agentes comunes, hombres y animales, y por consecuencia, menos comprensibles. Pero al mismo tiempo,

esas potencias nuevamente ideadas se distinguían por efectos uniformes, eran mejor comprendidas que las reemplazadas por ellas. Todos los progresos subsiguientes han dado el mismo resultado. Las fuerzas más lejanas y más generales, que se llegaba á considerar como causas de los fenómenos, eran menos comprensibles que las fuerzas especiales sustituidas; es decir, que eran menos susceptibles de ser claramente representadas en el entendimiento; pero al mismo tiempo eran más comprensibles, en cuanto se podía atribuirles sus acciones, más completamente. El progreso ha dado, pues, por resultado, tanto la demostración de lo desconocido positivo, cuanto la de lo conocido. A medida que la Ciencia se eleva á su apogeo, todos los hechos inexplicables, y en apariencia sobrenaturales, se hacen explicables y naturales. Y al mismo tiempo se adquiere la certeza de que todos los hechos explicables y naturales son, en su origen primero, inexplicables y sobrenaturales. De ese modo nacen dos estados antitéticos del espíritu, correspondientes á los dos lados opuestos de esa existencia — objeto final de nuestro pensamiento;— uno de esos estados constituye la Ciencia, el otro constituye la Religión.

Considerando los hechos de otra manera, podemos decir: que la Religión y la Ciencia han progresado, sufriendo un deslinde gradual, y que sus interminables conflictos no han tenido otra causa que la separación incompleta de sus dominios y funciones. Desde el principio, la Religión ha hecho grandes esfuerzos para unir más ó menos á su ignorancia la Ciencia; y también la Ciencia ha querido retener más ó menos ignorancia, que tomaba por Ciencia. Cada una se ha visto, poco á poco, obligada á abandonar el terreno que retenía ilegítimamente, y que la otra recobraba en virtud de un derecho real ó legítimo. El antagonismo de la Religión y la Ciencia fué la secuela natural de ese progreso. Expongamos estas ideas de un modo especial, á fin de hacerlas más claras. Desde el principio, la Religión, cuando afirmaba un misterio, hacía muchas afirmaciones definidas sobre tal misterio; suponía conocer su naturaleza en los detalles más íntimos; mas como esto era pretender estar en posesión de un conocimiento positivo, era, por tanto, usurpar dominios á la Ciencia.

Desde los tiempos de las primeras mitologías, en que se creía conocer la explicación del misterio, hasta nuestros días, en que ya no se conservan más que un corto número de proposiciones vagas y abstractas, la Religión se ha visto obligada, por la Ciencia,

á ir abandonando unos tras otros sus dogmas, es decir, sus pretendidos conocimientos, que no podía establecer sólidamente. Durante ese tiempo, la Ciencia sustituía á las personalidades, que la Religión suponía para explicar los fenómenos, ciertas entidades metafísicas, usurpando así terreno de la Religión, puesto que clasificaba entre lo comprensible, formas de lo incomprensible.

Bajo las presiones, por un lado, de la crítica religiosa, que ponía en duda muchas veces su hipótesis, y por otro lado, de su propio desarrollo, tuvo que renunciar la Ciencia á los esfuerzos que había hecho, para encerrar lo incognoscible en los límites del conocimiento positivo, volviendo así á la Religión, lo que de derecho le pertenece. Mientras no termine ese deslinde, habrá más ó menos antagonismo entre esas dos esferas de nuestra actividad; pero á medida que los límites del conocimiento posible vayan siendo bien marcados, las causas del conflicto irán disminuyendo gradualmente. Cuando la Ciencia esté plenamente convencida de que sus explicaciones son próximas y relativas, y la Religión lo esté de que el misterio que contempla es absoluto, reinará entre ambas una paz perpetua.

La Religión y la Ciencia son, pues, necesariamente correlativas. Como lo hemos ya indicado, representan dos modos antitéticos de la conciencia, que no pueden existir aislados. No se puede pensar en lo conocido, sin pensar en lo desconocido, ni en ésto, sin pensar en aquélo. Por consiguiente, ninguno de los dos puede hacerse más distinto, sin que el otro se haga á la par. Usando una metáfora, ya empleada, diremos: que son los polos positivo y negativo del pensamiento; no puede crecer en el uno la intensidad de la corriente, sin que, á la vez, crezca en el otro.

81. Así como durante el pasado se ha ido haciendo más claro el concepto del poder insondable, causa de todo, en el porvenir se hará completamente perfecto tal concepto. La certeza de que ese poder existe, y de que su naturaleza se eleva más allá de nuestra razón y de nuestra imaginación, ha sido siempre el fin que se ha propuesto alcanzar la inteligencia. La Ciencia llega ineludiblemente á esa conclusión cuando toca á sus límites, y la Religión la adopta como suya, obligada por la crítica. Esa conclusión satisface á la más rigurosa lógica, y da, al mismo tiempo, al sentimiento religioso su más vasta esfera de actividad; debemos, pues, admitirla plenamente, sin restricciones ni reservas.

Dícese: que aun cuando la causa última de todo no pueda sernos

realmente conocida, como poseyendo tales ó cuales atributos, no dejamos por eso de estar obligados á la afirmación de esos atributos; y aunque las formas de nuestra conciencia sean tales, que no se pueda de modo alguno introducir en ella lo absoluto, debemos concebir lo absoluto bajo esas formas. «Es nuestro deber considerar á Dios como personal; es nuestro deber creer que es infinito», dice M. Mansel en la obra ya citada tantas veces.

Inútil es decir que no reconocemos ese deber. Si los argumentos acumulados en todo lo anterior tienen algún valor, resulta que no debemos, ni afirmar, ni negar la personalidad divina. Nuestro deber quiere, que ni nos sometamos humildemente á los límites de nuestra inteligencia, ni nos rebelamos abiertamente contra ellos. Crea, quien pueda, que entre nuestras facultades intelectuales y nuestras obligaciones morales hay una guerra eterna; nosotros no admitimos ese vicio radical en la constitución de las cosas.

Este punto de vista parecerá irreligioso á la mayor parte de los hombres, siendo, por el contrario, esencialmente religioso; más diremos, el único plenamente religioso: los otros no lo son sino aproximadamente. En la idea de la última causa no hay que pararse en alternativas embarazosas; no hay más que saltarlas. Los que se paran, suponen torcidamente que hay que elegir entre una personalidad, y algo menos, y es, por el contrario, entre una personalidad, y algo más ó superior á toda personalidad, entre lo que hay que elegir. ¿No puede haber un modo de existencia tan superior á la Inteligencia y á la Voluntad, cuanto estos modos son superiores al movimiento mecánico? Somos, es cierto, incapaces de concebir ese modo de existencia; pero esto no es razón para ponerlo en duda, antes al contrario. ¿No hemos visto cuán impotentes son nuestras facultades para concebir lo que hay más allá de los fenómenos? ¿No hemos probado que esa impotencia no es otra que la de lo condicionado para concebir lo incondicionado? ¿No resulta que en *nada* es para nosotros cognoscible la causa suprema, porque es, en *todo*, superior á lo que puede ser conocido? Y por tanto, ¿no hay razón para no asignarle atributos, puesto que, fueren los que quisieren, habian de rebajarla, como derivados necesariamente de nuestra propia naturaleza? Verdaderamente es bien extraño crea el hombre: que el culto supremo consiste en hacer á su imagen el objeto de su culto, y mire como elemento esencial de su fe, no afirmar una diferencia transcendente entre Dios y él, sino afirmar una semejanza. Sin duda, desde los tiem-

pos de los más primitivos salvajes, que imaginaban á sus dioses seres de carne y hueso, como ellos, hasta ahora, la pretendida semejanza ha disminuído; pero si en las razas civilizadas se ha dejado, ya hace mucho tiempo, de atribuir á la causa última, forma y sustancia análogas á las humanas; si han parecido atributos poco dignos de Ella los más groseros deseos humanos; si hasta se duda en atribuirle los afectos superiores del hombre, como no sean muy idealizados, se piensa todavía como indispensable atribuirle las cualidades inherentes á nuestra naturaleza. Personas que consideran impío pensar que el poder creador es antropomorfo, bajo todos sus aspectos, se creen, sin embargo, obligados á figurársele antropomorfo bajo ciertas relaciones, no advirtiendo que la idea que admiten no es más que una forma debilitada de la que rechazan. Y lo que es más chocante, esa opinión tiene por defensores á los mismos que sostienen que somos completamente incapaces de formarnos concepto alguno del poder creador. Se nos muestra que toda suposición sobre la génesis del Universo nos fuerza á elegir entre pensamientos imposibles; que toda tentativa para concebir la Existencia real, nos lleva á un suicidio intelectual; se nos hace ver, cómo la constitución misma de nuestro espíritu nos prohíbe concebir lo absoluto, y después se nos dice que debemos pensar lo Absoluto con tales ó cuales atributos. Todas las vías nos conducen á creer, con certeza, que no nos es dable, no ya conocer, ni aun concebir, la realidad oculta bajo el velo de las apariencias, y se nos dice que debemos creer, y aun concebir, que esa realidad existe de una manera determinada. Tal pretensión, ¿es un homenaje ó una impertinencia?

Se podría escribir volúmenes sobre la impiedad de las gentes piadosas. En casi todos los escritos y discursos de los sacerdotes, se descubre que pretenden conocer íntimamente el misterio fundamental de todas las cosas; pretensión que, por no decir más, concuerda bastante mal con las palabras de humildad que la acompañan; y, cosa sorprendente, los dogmas donde ese conocimiento íntimo es menos posible, son objeto de marcada preferencia; en ellos se ven los elementos esenciales de la creencia religiosa. No se puede representar mejor el papel de los teólogos que por un ejemplo tomado de las mismas controversias religiosas, el del reloj. Si, partiendo de la suposición burlesca de que el tic tac y los movimientos de un reloj constituyen una especie de conciencia, admitimos que el reloj quiere que las acciones del relojero estén